

CAPÍTULOS GRATUITOS

Lo que trajo la cigüeña

Augusto Andra

PARTE I

Dobló en la esquina, pisó el acelerador y siguió la ruta que el anciano le había indicado. No era la primera vez que un cliente le pedía a Eugenio Aguilar que lo llevara a la intersección galáctica; últimamente mucha gente podía costearse un viaje espacial. Aunque la mayoría solo podía pagar vuelos a la Luna o a Marte, siempre eran los más baratos.

A Eugenio le encantaba hablar con la gente, el oficio de taxista le complacía mucho, era un buen conversador, de esos que saben de todo un poco.

—¿Viaje de negocios o de placer? —le preguntó al anciano.

—De salud —respondió el anciano—. Mis hijas viven en Marte y quieren regalarme un cuerpo de luz —le comentó.

—Qué suerte tiene, señor. Ojalá yo pudiera comprarme un cuerpo de luz o viajar a Marte, nunca he salido de la Tierra; ni siquiera a nuestra Luna —dijo Eugenio, y dobló el taxi a la derecha después de que la luz roja cambiara a verde.

—Los viajes a la Luna son baratos. Estoy seguro de que usted gana más dinero que otras profesiones, puede pagarse un viajecito de fin de semana —argumentó el anciano.

Eugenio le echó un buen vistazo desde el retrovisor. El anciano portaba una elegancia implacable: un traje negro, con sombrero y lentes de sol circulares. Le calculaba unos sesenta y cinco años.

—Tiene razón, hoy en día los taxistas ganamos bastante —confesó Eugenio—. Pero mi esposa y yo invertimos hace poco en un bebé —dijo sonriente—. En cualquier momento mi celular podría sonar y mi esposa me dirá algo como: «Mi amor, ven rápido a ver lo que trajo la cigüeña». —Imitó la voz de su esposa, muy alegre y sonriente; y señaló su teléfono puesto encima del tablero del auto.

—La cigüeña... Recuerdo la primera vez que la vi: tenía treinta y cinco años. Apareció ese enorme pájaro iluminado encima de la casa de mi vecino, a unas tres casas. Aquella cosa de luz abrió la boca y les dejó un huevo enorme. —Comenzaba a contar una narración infantil, pero con una voz sabia y añeja—. Todos fuimos a ver a la pequeña bebé que trajo. Era una hermosura, dentro del huevo estaba envuelta en una manta blanca muy limpia, parecía un querubín —relataba muy risueño.

—Estoy muy emocionado, ojalá que la cigüeña llegue cuando yo esté en mi casa. — Eugenio se emocionó, se le notaba en la cara.

—De hecho, yo nací de un vientre —agregó el anciano y sorprendió a Eugenio.

—¡No me diga! —Fue una sorpresa.

—Aunque no lo parezca, tengo ochenta y tres años, muchacho..., ochenta y tres años —dijo levantando el dedo índice.

—Qué buena salud tiene, señor. La última persona de vientre que conocí era mi abuelo... y ya se me olvida su rostro, por ahí debo tener una fotografía de él. —Eugenio volteaba de vez en cuando para ver al anciano a la cara.

—Tan buena salud no tengo, por eso me voy a Marte. Mis hijas me aman mucho y no quieren que me vaya todavía —mencionó, entre una risa seca con una pequeña tos.

—¿De qué edad pedirá su cuerpo de luz? —Curioseó Eugenio.

—Veinteañero —respondió sin dudar—. Me hubiese gustado despertar desde la infancia, pero no tengo tiempo para esperar pubertades y adolescencias —dijo moviendo las manos, como si espantara una mosca—. Tengo muchas cosas pendientes, negocios que hacer, tratos que sellar... —explicó, frotándose las arrugadas manos.

—¿Muchachas que conocer? —Eugenio bromeó con él.

—Uno nunca sabe, y con veinte años mucho menos. —El anciano soltó una risotada.

—Ojalá que después del bebé, mi esposa y yo podamos reunir para darnos el lujo de otra vida. Otro cuerpo de luz no estaría mal —suspiró un poco, acelerando el auto.

—Pues empiece a reunir, muchacho. Los cuerpos de luz son bastante caros. Si de verdad quiere uno barato y de buena calidad, le recomiendo ir a Ganimedes, mis hijas lo comprarán allí —le indicó el anciano.

—Qué ironía, ¿cómo un cuerpo de luz puede ser más costoso que pedir un bebé a la cigüeña? —se preguntó de pronto.

—Es un tema muy discutido desde que se desarrolló la medicina lumínica. ¿Por qué es más costoso traspasar un alma a un cuerpo de luz que crear un alma desde la nada con materia prima de los progenitores? —argumentó el anciano, y completó la disyuntiva de Eugenio.

—Es por cuestión de demanda, señor. Suena egoísta, pero la gente prefiere vivir eternamente en vez de tener el amor de un hijo —dijo con otro suspiro—. Qué tristeza... —habló en voz baja.

Repentinamente, el teléfono celular de Eugenio cayó del tablero, el sonido de su repique se perdía debajo de la guantera. El taxista aprovechó la luz roja del semáforo para coger el aparato y contestar la llamada.

El anciano, desde la parte de atrás, lo observaba con atención. Eugenio sudaba a cántaros... Evidentemente era la tan esperada llamada de su mujer. ¡La cigüeña había llegado!

—¡Mi amor, lo trajo, lo trajo! —gritaba la esposa, del otro lado de la línea.

—¿Ya llegó? ¡No puede ser! ¡No puede ser! —Eugenio gritaba feliz, con una mezcla de rabia por perderse el momento de ver a la cigüeña y, al mismo tiempo, tenía nerviosismo y angustia.

—Eugenio..., tienes que venir, hay algo malo con el be... —La emoción del padre la interrumpió.

El taxista estaba demasiado emocionado y no le prestaba atención a su esposa en el teléfono. La luz del semáforo ya había cambiado a verde y los automóviles detrás del coche amarillo y negro comenzaron a tocar la bocina.

—¿Varón o hembra? —preguntó Eugenio al teléfono, luego se volteó para hacerle señas al anciano—. Quisimos que fuese sorpresa —le comentó al señor.

—No, Eugenio..., tienes que venir urgente, tenemos... tenemos un problema. —La mujer sollozaba un poco.

Eugenio captó tarde la voz quebradiza de su mujer y suspiró hondo. Después de calmar a su esposa Kiyako, colgó el teléfono y lo puso encima del tablero del taxi.

—¿Todo bien, muchacho? —preguntó el anciano.

—Creo que hubo un problema con el bebé... —contestó, casi en voz baja.

—Todo saldrá bien —le dijo el anciano, tocándole el hombro.

PARTE II

Después de una breve charla, Eugenio dejó al anciano en la intersección galáctica y pisó el acelerador tanto como pudo para llegar a su casa.

Al ingresar a la villa, notaba un silencio espectral en la entrada... demasiado silencioso para un sábado en la tarde. Pero cuando se acercaba a su casa: la número 15 de la calle 3; se percató de una multitud alrededor de la morada. Todo el ruido ausente de Villa Ceres se encontraba justo en su patio.

Los vecinos chismosos no se habían dado cuenta del auto de Eugenio, pero cuando abrió la puerta para pisar el sendero hacia su casa, todos los vecinos voltearon la mirada y enmudecieron. Cada persona le abrió paso al padre, mientras caminaba hacia la puerta de su casa.

Kiyako estaba en la entrada, roja como un tomate. Sus amigas cuchicheaban con ella y, cuando vieron a Eugenio, se despidieron.

La cara de su esposa precisamente no tenía una expresión amena. Kiyako siempre se ponía así de roja cuando algo malo ocurría; Eugenio había aprendido a captarlo cuando ella descubrió que él la engañaba con otra y se separaron la primera vez.

Eugenio no tenía amantes en ese momento, quizá alguna enamorada, pero ninguna amante; no con un bebé en camino, esos tiempos los había olvidado después de los veintisiete años.

Estaba divagando en esos pensamientos. Eugenio sabía muy bien que el problema no era por su antigua infidelidad, el problema llegó con su cría, con su bebé. ¿Qué habría pasado? ¿Acaso tenía alguna malformación? Le rogaba a Dios que no fuese así. Esa

posibilidad le pareció extraña, las enfermedades comunes y malformaciones del cuerpo se habían extinguido desde que se formalizó la tecnología lumínica en el mundo.

¿Acaso era un bebé hermafrodita? Había escuchado muchísimos casos de este tipo, era un error común en la tecnología lumínica. Los cromosomas XX y XY se mezclaban y generaban un cuerpo hermafrodita de luz. En esos casos las mismas autoridades médicas se encargaban de regalarle un nuevo cuerpo de luz al bebé, cuando se desarrollara y eligiera una de las dos sexualidades.

Cuando Eugenio tenía veintidós años, conoció a una chica hermafrodita, era una bárbara sexual. Una bisexual encantadora y casi adicta al sexo, le encantaba follarse a las chicas con su miembro y, sorprendentemente, las mujeres buscaban mucho a esta hermafrodita. Eugenio logró conseguir hacer tríos con ella, pero le daba pena saber que el paquete de la chica era más grande que el suyo, aunque no le prestaba tanta atención; Eugenio también era un demonio en la cama, un curioso sexual. Por eso se había enamorado de una japonesa, le gustaba su sexo pervertido y diferente, pero ese es otro cuento.

Había casos de ese tipo, la persona aceptaba ambas sexualidades y vivía con ello amando ambos sexos. Pero el machismo de Eugenio rogaba que, si fuese hermafrodita, el sexo dominante fuese mujer, así le recordaría a su antigua amiga. No soportaría tener un hijo con vagina que le gustaran más los hombres, Eugenio era un machista sin remedio.

Seguía divagando en su mente, tenía que aceptar lo que fuese que sea su bebé. Quizá la cigüeña solo se había equivocado de dirección y envió un infante equivocado; un niño de otra raza: un europeo o un africano, por ejemplo. Eso lo aliviaba un poco y le provocó una risa nerviosa.

Al toparse con la mirada de su esposa Kiyako, divisaba un problema mayor.

—Por favor, no te enojés... no es nuestra culpa, el bebé tampoco tiene la culpa —susurraba Kiyako. Movía los ojos buscando a los chismosos.

—¿Qué coño pasa, Kiya? —dijo Eugenio, entre dientes.

—Pasa y míralo, Eugenio... el bebé está en la sala en su cuna —señaló la esposa, con la mano temblorosa.

El padre entró a la sala de estar, lo primero que notó fue un extraño olor, ese olor húmedo como cuando sabes que va a llover.

La cuna estaba en el centro de la habitación, una linda cuna blanca con adornos amarillos. A Kiyako y a Eugenio les había encantado su forma circular, con ese pequeño mosquitero de tela transparente.

Cuando Eugenio se acercó, el mosquitero estaba desvelado. No había ruidos de bebés, nada de llantos o balbuceos de recién nacido.

Un movimiento brusco movió la cuna. El sudor frío y nervioso comenzó a recorrer la frente de Eugenio. Entonces fue cuando un estallido en el corazón casi lo tumba al suelo. Algo se asomó desde la cuna, una especie de apéndice rosado y baboso. Su movimiento era fluido y acuoso, no era tieso y tenso como el de una serpiente, o lento como el de un gusano. Esa cosa se movía rápido e inteligente, como el tentáculo de un pulpo o un calamar: igual que una ameba gigante.

Después de un grueso trago de saliva, Eugenio se armó de valor para contemplar lo que estuviese adentro de la cuna. Lentamente se asomaba por encima del borde y un repentino llanto lo asustó nuevamente. El corazón le latía a millón y casi se detiene un segundo cuando observó detalladamente la cosa que estaba haciendo pucheros en la cuna.

Si no se tratara de su «bebé», probablemente le hubiese parecido algo lindo e interesante, pero a Eugenio no le causaba nada de gracia esa cosa.

El infante era un engendro de la naturaleza, una especie de pulpo antropomórfico. Esa cosa no era del planeta Tierra. Eugenio estaba seguro de que había visto esa especie en alguna parte; desde que las fronteras espaciales se expandieron para los humanos, un sinnúmero de razas extraterrestres fueron descubiertas, afortunadamente la mayoría con la inteligencia suficiente y hasta mayor que la humana. Ese bebé era una de esas especies inteligentes.

Ahora las cosas tomaban más sentido. El alma le volvió al cuerpo, Eugenio disminuía su respiración, simplemente ese bebé era un error de envío, esos errores que pocas veces suceden; él y su esposa serían una cómica estadística de entregas erróneas de la cigüeña. Esta sería una anécdota muy graciosa en un futuro lejano cuando su verdadero hijo les preguntara: ¿cómo fue cuando la cigüeña me trajo?

La cosita húmeda en la cuna torció la mirada hacía su «padre». El bebé era hermoso, supuso Eugenio, tratando de entender completamente la morfología del infante: parecía un niño humano, pero la ausencia de unas piernitas era reemplazada por una serie de ocho gruesos tentáculos. Una baba amarilliza lo cubría; su rostro era tan sencillo y limpio que Eugenio podía perderse entre esos enormes ojos totalmente negros e inocentes, carecía de nariz y apenas podían visualizarse unas ranuritas en su cara para respirar. La boca era aparentemente normal, igual que la de un humano, aunque pudo apreciar unos diminutos dientecitos a pesar de ser un «recién nacido».

Algo dentro de Eugenio le decía que cargara al bebé, pero otra voz temerosa le susurraba que ni tocara a esa cosa, por más curiosa que pareciese.

Kiyako entró a la sala después de despedir a los curiosos. Aunque incómoda, nunca dejaba de mirar con esos ojos pequeños y brillantes, era de esas esposas que nunca paraba de sonreír.

—Estaba esperando a que llegaras para llamar a la clínica... —dijo después de acariciar la cabecita del bebé, que sonrió luego de un pestañeo con sus membranas nictitantes.

—Sí... por supuesto, hay que llamar para recla... aclarar este malentendido —corrigió Eugenio, y fue a coger el teléfono.

Entretanto Eugenio discaba el número de teléfono, Kiyako cargó al bebé en sus brazos. Eugenio miraba atónito, ¿cómo Kiyako era capaz de cargar y sentirse cómoda con esa cosa encima?

El bebé la abrazaba con sus tentáculos, tenían la particularidad de extenderse mucho más que el pequeño cuerpo de un bebé, y envolvían con cariño a la esposa de Eugenio. Menos mal que se había percatado de que esos tentáculos no tenían ventosas como los pulpos y calamares de la Tierra, eso lo hubiese perturbado aún más.

—Qué lindo eres, qué lindo eres —decía Kiyako, alzando al nene.

Fue la primera vez que Eugenio escuchó la risa del bebé.

Kiyako estuvo un buen rato jugando con el bebé extraterrestre. Eugenio comprendía que, aunque no fuese su hijo, un niño pequeño merece igualmente cariño de cualquier persona.

Pero las cosas no iban bien, las oficinas de la clínica no respondían por el error de la cigüeña, todos los datos de envíos estaban correctos. La secretaria revisó cada una de las entregas del mismo día en una búsqueda exhaustiva y no encontró a un niño humano en ningún otro planeta, inclusive en el planeta Auvás, de donde provenía la raza del infante.

La secretaria colocó un aviso de urgencia en su base de datos, en caso de que alguien llegara a reportar un bebé humano enviado a otro sistema solar fuera de sus radares.

Lo más extraño era que el registro del ADN de Eugenio y Kiyako también estaba correcto. Los óvulos de ella y el espermatozoide de él coincidían con los registros del infante auvio.

Eugenio comenzaba a sentirse mareado y se puso más pálido que la leche. Tendría que aceptar a ese bebé en su casa hasta que las autoridades de la clínica resolvieran todo este caótico asunto.

PARTE III

Los días transcurrían lentos y pesados, como caminatas en un planeta gigante. Eugenio pasaba el resto de las horas fuera de su casa, no soportaba ver al bebé auvio; en cambio, Kiyako estaba fascinada con tener el infante más popular en todo el vecindario.

Los primeros días habían sido literalmente una tortura, Eugenio no se atrevió a cargar ni una sola vez al bebé. Después de que las autoridades clínicas obviaran su negligencia en el asunto, el «padre» comenzó a investigar a la raza alienígena.

Los auvios eran criaturas aparentemente pasivas y sumamente inteligentes. Eugenio interpretaba que serían una especie acuática; su apariencia lo denominaba, pero su particular planeta, aunque era muy húmedo, no tenía ni la cuarta parte del agua de la Tierra.

—¿Esa cosa es varón o hembra? No encuentro manera de identificarlo —preguntó Eugenio, casi para sí mismo.

—No lo llames cosa, Eugenio. Te sorprendería lo interesantes que son los auvios —dijo la mujer, acercándose con el bebé en brazos—. Nuestro bebé tiene ocho tentáculos, quiere decir que es un varoncito —explicó la madre. La palabra «nuestro» le chocó en la cabeza a Eugenio.

Esa cosa no es nuestra, pensó el marido.

—Las hembritas solo tienen cuatro apéndices. En los hombres, cada uno de los tentáculos funciona como un miembro —mencionó curiosamente.

—¿Como qué...? —preguntó Eugenio, sin prestar mucha atención. No despegaba la mirada de su tableta móvil.

—Como un pene, cariño, ¿Entiendes? —respondió con una risita.

—¿Y tú cómo es que sabes tantas cosas de eso? —Eugenio volteó la mirada con agresión, apuntando al bebé con el dedo.

—No vas a empezar, Eugenio. Todo eso sale en la web, ¿Qué tiene de malo que una madre investigue sobre su hijo? —cuestionó Kiyako virando los ojos, desafiando al marido con la mirada.

—¡Esa cosa no es nuestro hijo, mujer! —gritó, levantándose de la mesa y se fue de la casa.

Cada día era peor, había pasado un mes con el monstruito en la casa. Eugenio sentía que cada rincón olía extraño, encontraba esa sustancia pegajosa pegada en todos lados. No encontraba quietud, ni siquiera sentado en el baño, no lograba comprender cómo su esposa Kiyako podía amar a esa horrible criatura.

Pero la gota que derramó el vaso llegó el día en que Kiyako recibió una carta para obtener un importante empleo. Nadie, ninguna niñera quería hacerse cargo del bebé auvio, ergo, el «padre» debía encargarse de él hasta que su «madre» llegara.

Eugenio solo quería trabajar con su taxi y ganarse la vida como un hombre normal. Cuidar a un bebé alienígena no era su plan de vida perfecto, ¿cómo un infante pudo haber arruinado su matrimonio de esta manera?

El trabajo de Kiyako era tan bien remunerado que obligó a Eugenio a abandonar su auto para cuidar al niño, eso lo tenía atado de pies a cabeza. Solo esperaba que su esposa, en aquellos tratados internacionales, encontrara una manera de deshacerse del bebé... aunque lo dudaba mucho, Kiyako amaba a ese engendro viscoso.

La ausencia de la madre molestaba constantemente al auvio, lloraba y tentaculaba sin cesar, lo que hacía hartar a Eugenio. Una tarde los llantos cesaron, el silencio se había convertido en un paraíso para el «padre», Eugenio durmió toda la tarde feliz y lejano de todo.

Al despertar, le costaba abrir los ojos, un baño de sudor lo empapaba de pies a cabeza, se sentía pesado y agotado, a pesar de haber dormido todo lo que el bebé no lo dejaba. Pero también sentía un enorme peso en la espalda, un cansancio que le quitaba energías, le costaba abrir los párpados, eran como paredes de plomo tratando de que entrara luz a su visión.

De repente, vio un látigo rosado subiendo por su hombro, abrió los ojos y trató de apartarlo, pero seguía cansado y débil. Finalmente adquirió la compostura, al incorporarse con el codo en la cama sintió un peso enorme en su espalda y otros tentáculos más lo rodearon con calidez.

—¿Qué mierda es esto? —gritó, cuando vio con el rabillo del ojo que el bebé auvio estaba pegado a su espalda.

Los brazos de Eugenio no lograban llegar al bebé y los látigos del infante alienígena lo apretaban aún más, impidiéndole mucha movilidad.

—¡Suéltame, mocososo! —volvía a gritar, angustiado y nervioso.

Pudo levantarse para ir al baño, miró el horrible bulto rosado y venoso en su espalda. El bebé se había convertido en una especie de capullo en su espalda. ¿De qué se trataba eso? ¿Una especie de metamorfosis de aquella especie?

Eugenio entró a la ducha, encendió el agua caliente y la vertió en su espalda, pero no surtía efecto alguno en el capullo. La cosa en su espalda latía y se volvía más grande, los tentáculos lo apretaban con más fuerza.

El pobre «padre» corrió al teléfono de la sala de estar y marcó el número de su esposa. La desesperación lo inundaba, comenzaba a llorar como niño abandonado.

La contestadora del teléfono de Kiyako le indicaba lo peor: no contestaba. ¿Quién iba a ayudarlo ahora?

Se le ocurrió llamar a los servicios médicos lumínicos para pedir una ambulancia. Las fuerzas se le fueron, los dedos le temblaban y se contrarían, no tenía la fortaleza para tocar la pantalla táctil del teléfono y pedir ayuda.

Eugenio escuchó el cerrojo de la puerta. Se arrastró con sus últimos atisbos de energía y con la poca visibilidad que tenía, vio a Kiyako abriendo la puerta.

La luz de la calle le llegaba por la espalda y la convertía en una enorme silueta negra. Eugenio nunca se había alegrado tanto de verla: esa figura tan sensual y proporcionada, cómo adoraba esas caderas pequeñas y esos enormes senos; le encantaba verla vestida de traje, como una *sexy* secretaria.

Pero otra sombra entraba por la puerta y cubría los muebles de la sala. Algo enorme entraba con su esposa... algo con tentáculos que cubrió la silueta de Kiyako, y la convirtió en una figura monstruosa y abismal.

—Ya comenzó —dijo Kiyako, volteando la mirada hacia su acompañante.

La cosa entró a la casa, Eugenio no podía verlo bien, pero sabía de qué se trataba: un auvio adulto y maduro. Un enorme sujeto, con tentáculos tan gruesos y firmes como una criatura pesadillesca. La mirada del auvio era penetrante, aunque sus rasgos eran limpios como los del bebé, Eugenio sentía cómo aquella mirada lo doblegaba desde la distancia de la puerta.

—Kiyako... amor —balbuceó Eugenio.

—Está muriendo, le queda poco —dijo una voz autoritaria y seca.

Aquel auvio se acercó un poco a Eugenio, a pesar de que el temor lo invadía profundamente, por un instante pensó que quizá ese monstruo lo ayudaría, podría ser el verdadero padre del bebé y le quitaría esa cosa de la espalda.

La risita de Kiyako aniquiló las esperanzas de Eugenio, como un triste puñal en el corazón. Todo acabó con aquel gesto de su esposa al abrazar y besar al monstruo que estaba en su casa.

Los látigos rosados del alienígena rodeaban a Kiyako con morbosa sutileza, le proporcionaron gemidos que Eugenio hacía años que no escuchaba de su esposa.

—¿Qué... pasa? —pronunció Eugenio, con su último aliento.

Kiyako y la criatura pararon sus jueguitos y bajaron la mirada hacia el moribundo hombre en el suelo.

—¿Todavía estás consciente, Eugenio? —preguntó Kiyako.

Eugenio no podía más y solo pestañó para asentir.

—Qué bueno, qué bueno —repitió la esposa—. Él es Nagvios, mi nuevo novio —confesó sin discreción—. Tal y como lo escuchas, Eugenio. —Kiyako contoneó las caderas, recostando su cuerpo al sujeto auvio.

¡Esto no podía ser verdad!, pensaba Eugenio. Trataba de asimilar la información, pero el bebé en su espalda poco a poco lo consumía.

—¿Crees que no estaba enterada de todas esas mujeres con las que te veías, Eugenio? ¿Eh? —preguntó enojada, señalándolo con el índice—. Pues mira lo que se siente que te engañen, Nagvios nunca me engañaría, los auvios eligen parejas de por vida —enunciaba la mujer, con una soberbia justificada.

El hombre en el suelo trataba de balbucear algo, pero los sonidos que emitía su boca eran inentendibles.

—Llevamos más de un año viéndonos. —La mujer se paseaba por la sala de estar—. Ya me conoces; mis gustos sexuales son raros, me enamoran esos tentáculos. No tienes ni idea de lo mucho que pueden llegar a complacer a una mujer —Kiyako se sonrojaba, con una mirada lasciva y enamorada.

El sujeto auvio rio un poco y se acomodó en el sofá, parecía que no tuviese mucha paciencia.

—Los auvios tienen un gran problema al reproducirse: cuando el bebé cumple un año, se aferra al padre y lo consume para seguir creciendo... Es una hermosa metamorfosis como el de una oruga, pero mucho más horrible y dolorosa —explicaba Kiyako, y se sentó al lado de Eugenio—. Yo no podía permitir que nuestro hijo se comiera a Nagvios, me moriría por dentro si eso pasara. —Se llevó la mano a la cabeza.

Nagvios subió la mirada perdiendo la paciencia, sus látigos comenzaban a moverse. Puede que el proceso de evolución del bebé le incomodara.

—¿Sabes, Eugenio? Estuve envenenando tu comida con células de Nagvios desde hace mucho tiempo, es por eso que los resultados de los exámenes estaban correctos, ese bebé es de nosotros tres, ¿No te parece maravilloso? —La risa de Kiyako terminaba de matar a Eugenio.

El marido se sentía más desnutrido y flaco, la traición de su esposa era el último extracto del veneno para su final. La visión borrosa indicaba que pronto no despertaría más. Este era el karma que lo golpeaba en el estómago, lo que se merecía por tantos engaños a su esposa.

«Yo iba a cambiar después de que llegara nuestro bebé», pensaba Eugenio en sus últimos minutos.

Y para culminar el fortuito desenlace, Eugenio escuchó dos sonidos pausados y fulminantes: una tela que caía al suelo, y unos viscosos tentáculos serpenteando; luego de eso, unos gemidos. Los gritos incesantes y excitantes de su esposa, mientras aquel alienígena la poseía con sus tentáculos, fueron el quiebre de Eugenio.

Cerró los ojos. A las pocas horas el capullo se abrió y aquel infante despertó, con la dicha de conocer a su otro padre.